

Relatos

Isabel Holguín

Noviembre de 2005

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

El 147

Lo imagino acercándose. Presagio su sólido contacto. Estalla en mil pedazos mi osambre. Huelo la sangre derramándose en el asfalto. Palpo la oscuridad del homérico sueño aniquilando mis entrañas. Escucho el eviterno eco de las voces invadiendo en la tarde el aire infecto.

Día tras día, idéntica ilusión mi cerebro espejea, similar sombra mis ojos entiniebla,

pareja carga mi pesadumbre allana.

Medito espigando el adecuado instante. La calle ambulo arriba abajo examinando meticulosamente el escenario. Contemplo las sudorosas carnes exhibiendo su íntima fealdad. Se ahoga la náusea en mi garganta y un acelerado afán puja el deseo. Empapada en sangre me visiono abatida, el cruel salitre de las venas paladeo y un ansia arrebatada impulsa la quimera.

Cenicienta mañana. Diluvia. Embozan los paraguas las noctámbulas hue-las. Atenúa el hedor la lluvia. Murmuran los motores, susurran las ventanas, golpean los zapatos e incesantemente, perseverantemente, surcando el tiempo revolean las horas.

Lo pienso aproximándose. Auguro la trémula caricia. Entibia mi esqueleto el acero. Asorda su rumor la memoria. Húmedas resplandecen las calles. Retoza el agua levantándose como una ola hasta envolverme. Mis huesos tiemblan y sé que no libertará el pensamiento, que no alienará la inteligencia.

Entre la telaraña gris del alba adviene dulcemente su arrimo y una lágrima solitaria lentamente sobre mi mejilla desciende. La agonía me duele. La desazón me otona.

Quizás la lluvia ausente. Quizás mis ojos ciegue un sol espléndido arrastrándome rudo hacia el abismo. Quizás me imanen a su seno fulmíneos y traslucientes rayos. Quizás nada.

Subo el escalón, y habitual, oculta me acomodo. Tiene regusto amargo el miedo.

Día tras día principio, sueño, ilusión, quimera.

Lo fabulo arrollándome. Presiento su cruel beso. Sangre, llanto, saliva irrumpen al instante en mi garganta y un metálico aullido que asordará las nubes se alzaré de la tierra.

Mas, nuevamente, el sueño es sólo sueño. La acera albergo, temblorosa y cobarde, dirigiendo el errante paso al umbrío y compacto mañana enmascarado tras los árboles.

Un hálito más dulce ocupa el aire, vuelan los pájaros sublimes, al sol encubren elevadas arquitecturas, abanean vientos las hojas y el clamor del palpito se extiende en la avenida.

Remoto lo adivino. Grande. Majestuoso. Único.

Lo antojo allegándose raudó. Percibo su célere estallido. Quiebra en mil añicos la piel.

Abrazo el gélido relámpago. La arcana soledad aspiro del silencio.

Día tras día alborea la continua ilusión, el monótono sueño, la perpetua quimera.

Día tras día, entornados los cielos, abre el alma inquieta su boca y me devora.

Limpias y artificiales máscaras velan los rostros. Retumban coléricas zancadas. Hombres y mujeres avanzan frente a mí. Atónito mi espectro desde una esquina los observa. Sepultada tras el negro disfraz del hábito, lloro la profunda derrota, atosigo la sal de las huera venas, aplazo el entreacto y recobro, desalada, la fuerza para impulsar los pies hacia un tibio rincón donde acodar mi desespero.

Invariable retorno: Alborota el gentío, hormiguea la masa, desmaya el vértigo.

Y mi pobre cuerpo, enervado y ahíto, la senda afronta hacia el umbral de su fracaso.

Entre el horrisono rumor de silbos y alarido, lo diviso en la tarde. Como un enamorado acude entreabierta la boca, ansío besarlo, ansío estrechar su corpulenta humanidad, ansío penetre hondamente mi abismo.

Un acto de amor, un último acto de amor, un definitivo acto de amor.

¡Quién pudiera ese instante donarme! ¡Quién pudiera ese abrigo alcanzarme!

El pánico me invade, la impotencia me arruga y el furor me entumece.

Día tras día, perseverante camina la esperanza, asidua estampa inunda el pensamiento, sempiterno tósigo me azoga.

Lo idealizo buscándome, le impone afiebrado alas a sus pies y recorre elevándose distancias infinitas para hallarme. A veces inmenso, a veces diminuto, surca el cielo veloz como una flecha abalanzándose hasta en mi pecho aprisionarse.

Gota a gota fluye la sangre y una rosa es mi cuerpo deslizándose pétalo a pétalo a la nada.

Mil ojos lo contemplan, mis lágrimas lo nublan, mil susurros se aquietan.

No escucharé el adagio del cuarteto op. 132, pensé, siempre soñé de aquí partir con música, siempre junto a Beethoven abandonar soñé la podredumbre, más hoy es otro el número elegido de mi postrera voluntad.

A menudo el sueño sólo es sueño. A menudo es real lo irreal. Nada resta sino un final intento y la esperanza embalsamada aflora.

¿Y tú, mi acerada promesa, dónde aguardas, dónde habitas?

Día tras día devienes cálido, amable, cercano. Te observo acariciando mi apetito mientras la solitaria lágrima asoma en la mejilla, después al alejarte, abandonando como un amante al alba el lecho sin palabras, la amarga esencia del fracaso sube a mi boca.

Reparo en la noche, mas lo oscuro intimida. ¡Si al menos áfona se insinuará la negrura!

Sin embargo, aún más ensordece la penumbra. Y, tú, número bienhadado, el amblar aminoras, es tu marcha cuasi cadencia ahora. Muchos son los que por todo lugar surgen cerrando las fronteras, acotando los límites, levantando barreras.

No, no será la noche, no será la negra y larga noche quien mi óbito atestigüe.

Habr  de ser con sol y será azul mi  ngel. Las calles se poblarán de seres, uniformados seres alumbrando tiesos ademanes, exponiendo ajados perfiles, engalanando altivos vicios.

Habr  de ser un día de septiembre, tibia aurora estival, sereno firmamento albergando el astro luminoso que a la luna llena sucediera. Robusto, erguido y terso, sus rayos me calcinan.

Como de un fuego, quedarán sólo cenizas en la acera algún día.

 D nde arraiga el dulce y tierno instante que me inunda y me embebe?

Habr  de ser con los ojos cerrados, el ánimo embriagado, negra la delgadez, quedos los labios, y la sangre púrpura borboteando en las heridas, empapando los albañales.

Jueves, 25 de septiembre. Es mediodía. Un cuerpo, apenas huesos, desciende la escalera, suavemente empuja el portón indeciso, entornados los yertos párpados, aquietando su entraña el n veo t sigo, apenas niebla se desliza, apenas vaho.

El sol esplendoroso luce erecto, flota el hedor sobre las calles, multitudes que van y vienen se desvanecen como sombras.

Estoy cansada, muy cansada, fatigado el espíritu, ahorcada la garganta, siento que la nada se acerca, es como un abismo profundo, blanco, negro,  Azul!  Vac o!

Juego en el metro

Daba comienzo el juego. Pudiera asimismo ser la muerte enredo del azar. Sobre el marino azul un destello de plata hizo notable su presencia una tarde cualquiera de un día cualquiera.

Antaño fuese su obsesión también numérica, mas fuera entonces su objetivo un sólo número. Desconocía hoy cuántos serían los números. Ignoraba la posibilidad de jugar su juego cada día de cada mes, cada hora de cada día. Debiera tal vez limitarse a jugarlo sólo algunos días, quizás determinadas horas. Dudaba si jugarlo en cada viaje o si jugarlo sólo en un preciso viaje elegido con exactitud de antemano.

El juego le atraía y al mismo tiempo le aterrorizaba. Pensó: “Mejor será jugar el juego sólo en el viaje de la tarde, una primera vez en el viaje de ida, una segunda vez en el de regreso.”

Dos veces al día durante los cinco días hábiles de la semana. Los sábados y los domingos no jugaría, los sábados y los domingos nunca emprendía ese viaje.

Los días de fiesta serían respetados. Tampoco abordaba ese puntual viaje los días de fiesta.

Diez oportunidades para morir durante una semana le parecieron suficientes.

Asaz también aun cuando fuese fiesta un día de labor y aminorase esa razón sus posibilidades.

De este modo jugaría siempre desde el mismo lugar, incluso pudieran estar allí como testigos las mismas gentes cada tarde.

¡Son tantos los rostros que, asemejados por su fealdad, al descubrirlos día a día en nuestro camino parecer ser parte de nuestro propio juego!

El rito comenzaría siempre en el mismo escenario, a la misma hora, en el mismo instante.

Con andar quedo caminaría hacia la misma esquina, allí donde el aire le parecía más limpio, allí donde no alcanzasen los alaridos y el rumor estridente de los hierros.

Caminaría por aquel largo pasillo tan vacío a menudo, ¡qué triste no tener ni público para la última escena!, caminaría hasta paralizar sus pies en el rincón exacto.

Desde ese rincón contemplaría al tren aproximarse raudo y observaría atentamente el número que espléndido anunciaba su llegada, temosa y solaz comprobaría si las cifras coincidían con la fecha del día, con una vaga sensación de abandono y deber sabría si el último instante de su existencia se acercaba.

Todo sutil y célere. Sólo divisar el número sus ojos recordaría el otro número.

No podía olvidarse del día, no podía olvidar si era el día ocho o el día nueve o el día veinte. Un número que llevaría grabado en el pensamiento como se graba aquello que más duele o que más amas, un número de una cifra o un número de dos cifras. Un número que decidió sería un número primo.

Y si ambos eran el mismo número primo, si el número impreso en el tren

y el número impreso en el pensamiento eran el mismo número primo, si ambos eran el mismo número primo lanzaría su delgadez exánime al oscuro y acerado vacío donde todo se finalizará.

Jugaba porque apenas encontraba sentido a su existencia. Consciente de que sus fuerzas se desvanecían poco a poco hacia la nada, consciente de caminar hacia su ocaso, debía disponerse a ultimar su final.

Era su deber prepararse. Una orden superior se encargaría de su último acto. No desobedecería las reglas. Era esa la ley del juego.

A veces sentía el alivio del condenado a muerte que aún de algunos días goza para despedirse tranquilo de su vida, otras sentía un ahogo en el alma, como si una mano le sujetase con fuerza, le impidiera pensar,

le cerrase los ojos para no contemplar el arribo de la siniestra luz que nunca vería más.

El juego continuaba, ya se había hecho una costumbre, las reglas fueron fijadas con todo detalle, sólo los trenes azules, sólo dos viajes cada día, sólo los días laborables, sólo desde el rincón del extenso pasillo, sólo si los números eran los mismos, sólo si no había letra, sólo entonces era el instante de seguir detenido o de lanzarse a ese abismo que ávido le aguardaba desde hacía mucho, mucho tiempo.

Comenzaba a gustarle el juego, era fascinante esa sensación de cosquilleo cuando lo escuchaba acercarse y sus ojos no miraban sino a la negrura donde muy pronto se dibujaría la cifra áurea, el siete de aquel lunes nueve de octubre le concedió una tregua, disponía de unas horas más, tal vez de algunos días más, sentía como si al haber limitado su tiempo, su dolor también iría desvaneciéndose, si no poseo más que unas horas, pensaba, puedo dejar de sentir la angustia de la vida, puedo olvidar que aún viviendo vivo.

Las horas fueron más tarde más horas, el brillante número tenía dos cifras, una noche más, otra larga noche de brusco despertar y oscuridad sombría.

Al día siguiente era fiesta, el juego no tendría lugar, con la pena en reposo sentía que los minutos serían eternamente insoportables.

El juego no sería interminable, finalizaría algún día, no sabía cuando, sólo podía limitar la hora y el lugar,

sabía que sería durante un segundo, pero que ese segundo, ese instante de su vida le sería entregada la medalla de los triunfadores.

El juego debería respetarse y cuando el día trece se detuviese junto al banco de piedra, donde no estaría sentada para estar más presta al salto, y viese llegar la luz con las cifras uno y tres resplandecientes sobre el azul y blanco de esa su férrea muerte, su cuerpo volaría hasta estrellarse a su verdugo.

El juego habría finalizado entonces. De quien fuese la victoria nunca se llegara a saber.

Mas no contemplaron sus ojos ese día el número divino, otra vez a la impaciente espera del sucesivo primo. Cuatro días más debiera silenciar ese ahogo que a su garganta oprimía antes del ensordecedor y atroz rumor del asesino aproximándose.

Octubre se le escapaba de entre los dedos. Octubre, ese mes otoñal de hojas y de lluvias, se agostaba, después del diecisiete, el diecinueve aguardaba,

más día a día observaba como los números se sucedían y apenas sólo asomaba ante sus ojos una única cifra. Pensó que tal vez sólo contase la línea una decena escasa de trenes. No contemplase su mirada nunca ni el número veinte ni otro mayor tampoco.

A pesar de las reglas del juego y por curiosidad tan sólo, probó jugar en otras líneas, en viajes diferentes, a diversas horas, en ocasiones imprevistas, mas tuvo al final que darse por vencida, jamás, desde el oscuro túnel, a su vista asomó la cifra dos seguida de otra cifra.

Regresó al juego. Sin embargo, ahora conocía muy bien que sus probabilidades no eran muchas, tras el fracaso del día diecinueve, tenía que aguardar la llegada de noviembre. Noviembre, hermoso mes de frío invierno y de cadáveres. Noviembre, hermoso mes de santos y de muertos.

Hubiese sido espléndido coincidiera el día dos, día de los difuntos, más no le estaba permitido transgredir las reglas y el orondo número dos, aunque primo, había sido excluido del juego. Se entristeció al comprobar que tan sólo disponía de tres días para su juego: un martes siete, un lunes trece y un viernes diecisiete. Sólo tres oportunidades para apostar su vida contra la banca del metropolitano.

Dieciséis de noviembre. Jueves. Acudió a la cita del dentista y no pudo evitar sonreír, con la boca enteramente abierta, al recordar el absurdo de permanecer allí sentada recomponiéndose lo que tal vez al día siguiente azotase contra la dureza del acero.

Dieciséis de noviembre. Escuchó las variaciones Diabelli. Significaba un buen presagio.

Diecisiete de noviembre. Viernes. Salió de su casa a las diecisiete horas y once minutos, recorrió el camino ya aprehendido después de tantas veces caminarlo a diario, en la estación descendió una a una las escaleras, llegó hasta el andén, se dirigió a la esquina electa y allí aguardó.

Se escuchó un sordo rumor. Una edulcorada voz repetía incesante: “Señoras y señores, Metro de Madrid informa, que debido a la avería de uno de los trenes, el servicio de la línea tres quedará interrumpido durante dos horas, perdonen las molestias.”

Minutos después supo que ese tren era el número diecisiete.

Sueño con la muerte

Ayer, noche de difuntos, soñé con una muerta. Era la misma muerte con cuerpo de mujer. Era la muerte enamorada que me amaba.

Me despertó en la noche un dulce escalofrío. Una glacial ternura me envolvía. Su beso era de miel, su caricia una rosa, eran hielo sus labios, era su boca hoguera.

De súbito sentí del amor un impulso, un éxtasis de luz, un abandono. De súbito me alcé y sólo el hueco de mi sombra hallé acompañando mi soledad al alba.

¿Dónde estás ahora amor si antes estabas?

Si pude yo sentir de tus dedos el roce, si pude yo tener tus brazos en mi abrazo, si pude cabalgar la espalda de tu imagen, si pude obtener casi el triunfo del amante.

¿Dónde estás ahora amor si antes estabas?

No pude ver tu rostro, mas de pálida faz y oscuros ojos lo imagino. No pude ver tu rostro mas sé que en la penumbra el mío contemplabas, de pasión y de ebriedad cautiva. Lo contemplaste allí donde mis ojos, en los oscuros surcos de tus ojos, se perdieron. Tierna me contemplabas mientras tu mano diestra recorría mis húmedos rincones, uno a uno.

De súbito sentí de la muerte el contacto, una ebriedad de sol, un arrebato.

De súbito me alcé y en el abismo de mi lecho alumbraba tan sólo la soledad del alba.

¿Dónde estás muerte ahora si antes estabas?

De mujer a mujer sentí tu sexo. Tu mórbida humedad empapaba mis labios. De mujer a mujer me estremeció tu cuerpo, negra línea de sombra como mi propio cuerpo.

Éramos dos mujeres y éramos sólo una.

Devorabas mi vientre con tu lengua mientras se hendía tu guadaña en mi pecho. Mi corazón sangraba. Mas no apresaron bien mis vísceras tus fauces. Permitiste escapase de tu letal abrigo.

Tu sepulcral orgasmo resta hundido en otro cualquier sueño de otro día, en otro cualquier sueño de otra noche cualquiera.

La noche de difuntos hice el amor con una muerta. Era la misma muerte. Era mujer también como mujer soy yo.

Pero me despertó en la noche un triste palpitar como de alas de paloma al rozar mis entrañas.

De súbito sentí el llanto en las mejillas. Eran del amor lágrimas. Eran de espanto lágrimas.

¿Dónde ahora estás amor si eras la muerte?

¿Dónde estás ahora muerte si antes estabas?

El viaje

Sentía alzarse el paisaje ante sus ojos, sin embargo, no contemplaba sino la vaga sombra de las nubes sobre el eterno azul, allí en lo más alto, se unían los colores en formas imprecisas, fantasmas de la luz, imágenes sin cuerpo.

El fuego de la tarde inundaba el hálito y un sordo rumor, como de lluvia, apagaba de súbito el sonido.

Aquí la soledad era aún presente. Aun rodeada de tanta muchedumbre, cada ser era solo, cada ser era todo, y el pensamiento volaba en ese instante imaginando el último segundo, soñando en convertir la realidad en ilusorio abrigo, acaso en una muerte. Dulce sopor eterno.

Cuando no son tus manos las que sostienen el destino, sólo puedes jugar, abandonarte al azar del juego, apretar con firmeza tus sienes para que el sueño arribe y gane la partida.

Un único segundo y una vida entera se intercambiarían los papeles. Una vida que ya no era vida sino en el sueño. Un único segundo que sólo habita en la quimera.

Avanzaban los árboles en ese establecido orden que no es naturaleza. Avanzaban las máquinas en ese establecido orden, naturaleza de hormigón. Mil formas, mil colores. Mil segundos que vuelan y se escapan.

Y el pensamiento frío en ese instante, fugaz estrella explotando sobre el cielo.

Se preguntó, ¿cómo será el vacío? ¿existirá el dolor en ese instante?

Observó las otras manos firmes, la otra mirada despierta, el otro cuerpo tenso, curvado en el exiguo espacio. Tan sólo alzar las manos, tan sólo huir los ojos, tan sólo enervar el cuerpo, y el instante, el segundo, la fugaz estrella, la nada...

¡Qué dulzura albergar el sueño toda una eternidad!

Imaginó, sólo por un instante, que giraban las ruedas en sentido inverso. Se imaginó detenido de pronto en un laberinto de acero y de metales. Imaginó la sangre sobre el rostro. Imaginó el aterrador grito del silencio sobre el aire cálido y denso al estallar fugaz y súbito.

En lenta procesión seguía el cortejo. Fúnebre procesión de hormigas férreas. Una tras otra corren a su último destino: una ciudad, un campo, una calle sombría de algún lugar en alguna parte. Portaba cada uno su torpe carga de dolor y de miedo. En soledad corría cada uno tras el dulce abrigo de la noche, tras la tibia calidez del lecho.

Se imaginó como un pájaro con sus alas al viento. Rozando con los labios el cemento.

Besando con su boca el suelo. Calurosos y amables besos como los besos de un amante.

Contemplaba absorta el incesante paso de los números. Buscaba refugiar en algún juego su íntima tristeza, buscaba aunar con su dolor los dígitos, las cifras con su pena.

Letras y números se iban y volvían. Como la propia vida se iban de un lado a otro sin cesar y sin tregua. Uno tras otro caminaban con esa lentitud de

los insectos, con ese devenir azul del cielo sobre el campo.

¿Qué juego buscaría, qué torpe encantamiento le haría olvidar su ansia y su agonía?

¿Un juego con final o sólo una esperanza para jugar sin aguardar el último y postrer acto?

Allí, donde los árboles en silenciosa hilera se elevaban, allí su carne débil estallaría en mil estrellas, allí donde las rocas se erigían cual candiles de piedra, allí su esbelto cuerpo rasgaría, allí las palabras enmudecerán al silencio, allí gotas de sangre lloverán sobre el callado muro de la tarde.

Iba contando en su interior. Contaba sin cesar, una tras otra, todas las cifras, todos los números de aquellos veloces automóviles que ante sus ojos desfilaban, sumaba una y otra vez las cuatro cifras buscando algún juego donde ganar le permitiese abrir rauda la puerta y, fuera donde fuese, con árboles, sin árboles, en curva o sin pendiente, lanzar su cuerpo al duro asfalto, asfalto acero cual cuchillo.

Se sucedían los coches. El hastío invitaba a entornar los párpados. Cerró los ojos, tenía sueño, no descansara bien la última noche, los regresos nunca le habían gustado.

El sueño y la ebriedad fatigaban ahora su pensamiento.

La carretera lenta y cálida se alfombraba ante ella como un pasillo inmenso sin final y sin meta.

Mientras absorta seguía contemplando el incesante y continuo peregrinar de los colores iban cerrándose sus ojos al unísono son de motores y de memoria.

Sería su juego recordar uno a uno los rincones de su memoria. Todos los nombres, las sombras que de los rostros aún conservaba en su cabeza, los lugares que sus pies ambularon. Sería su juego iluminar el oscuro vacío de su vida, ese ancestral y juvenil pasado que en su deseo de olvidar vuelve más fuerte con su carga de dolor y de tristeza. Sería su juego hundirse en ese fango del recuerdo para así reunir el necesario esfuerzo, la suficiente náusea, todo el vómito preciso, para arrojar su cuerpo y estrellarlo contra la carretera blanca y fría.

Nublaban su vista los colores, el verde de los árboles, la luz púrpura sobre el azul del cielo, los aceros multicolores que se sucedían uno tras otro, canelas y amarillos, brunos y anaranjados, marfiles y terrosos, iban descendiendo su pensamiento hacia ese ayer del que intentaba alumbrar, uno a uno, el nombre de los seres que pasaron como nubes ante su rostro, que inundaron de sangre y de lluvia sus labios, de sombra sus mejillas.

Sería su juego hundirse en la miseria de su ayer, en el pobre y escandaloso pretérito donde el aroma acre de los besos aún inerme permaneciese.

Sería su juego alcanzar el asco necesario para poner un broche de metal a su absurda y atroz barbarie.

Que la locura del recuerdo le diese confianza para no aguardar sino al infierno. Que el fuego de su alma condujese su carne al abisal silencio del último estallido.

Nombre, colores, rostros, uno a uno y en orden estricto, al ritmo del sonido acompasado y homófono de las ruedas sobre el camino.

Tenía apenas veinte años cuando su cuerpo reconoció por vez primera lo

que más tarde supo era el amor, cuando su carne, aún insensible, abrió sus poros al vacío de un viaje inexplorado. Se llamaba Miguel, mas su nombre era casi como su misma identidad, nada podía en esas letras llevar su corazón al desespero, no hubo sino ignorancia, tibia y acompañada soledad de sus horas, alguna leve risa, un compañero de sus horas al alba, un camarada que le enseñó a fingir porque le daba miedo no ser como las otras, porque lo ignoto le era tan familiar que su abstracto sentir casi era ya evangelio.

Inaugurar su lista era lo más sencillo, no se olvida jamás la vez primera aun no teniendo más surco de ella que ese nombre y un rostro casi ya en el olvido.

La carrera de nombres comenzó al tiempo que los kilómetros se sucedían con su siempre numerable cuenta atrás, su cuenta iba desde lo más distante hacia lo más presente, nombres, nombres y más nombres.

Sucediera a Miguel Jesús, una extraña experiencia, no supo nunca por qué quiso ocurriese lo que sus ojos absortos contemplaron y nunca lograron superar. Nunca fuese ella la que el acto impulsara, sólo aprendiese el abandono de permitir que la arrastrasen como arrastraba sobre el lodo hoy su ayer para poblar de fango su existencia hasta alcanzar de su desesperación la más elevada de sus cimas, allí donde su desesperación sería tragedia.

Su recuerdo era nublado, algunos nombres no acudían a su memoria, sin embargo, los rostros sí acudían.

Miguel, Jesús, Félix, Joaquín, Javier... nombres todos de su tránsito por aquella facultad donde el fracaso le hiciera desangrarse hasta tal punto que adelgazó su carne y se cerró su boca durante mucho tiempo. Hasta el agua era motivo de su náusea entonces.

Volaba el paisaje ante sus ojos, apenas un laberíntico bosque de sombras y de colores. Sus ojos, a veces dormitaban, a veces evocaban fotos en la memoria. Contempló la tierra casi glauca, como su propio vómito, como la luz que al amanecer de cada día le alumbraba la tristeza de estar sobre su lecho aún viva.

Volaban los árboles y los postes de la luz, volaba alguna casa, que de vez en cuando habitaba el paisaje dando una nota de tibia soledad al silencio que como un cuchillo aceraba el aire.

Otros nombres acudieron a su ánimo, abismado ánimo al recordar el arcano secreto, la ignorada vergüenza de una tarde de lágrimas y lluvia, al recordar lo que no se recuerda, tres nombres son triángulo allí, desesperada trinidad de oprobio y de violencia.

Quisiera conocer los nombres aun ignorando las acciones, tal vez para así ignorarlos de nuevo, tal vez para desconocer lo ya desconocido. Mas la ebriedad de esa tarde, el despertar tan súbito y todas las miradas que adivinó sentir sobre su pobre y triste cuerpo, sólo aportaban lástima, no desespero. Y es preciso desesperar de la desesperanza aun para la tierra besar con los labios, para rodar con inestable impulso por el brillante y abrasador cemento. Y su desesperanza de no esperar sino la nada ante ese súbito hallarse frente a un rostro sin nombre no es desesperación que mata.

Tres nombres en el aire que al rozar de sus alas acariciaron cual ramas su memoria sin asolarla. Tres nombres, trinidad del olvido, terno de lluvia, llanto,

soledad y miedo, mas no triduo de muerte, que guadaña no sostiene una mano sin nombre.

Y era silencio el silencio. Y contempló de nuevo su acompañada soledad y tuvo aun miedo a que invadiese ese silencio la memoria, mas inocente silencio no merece castigo.

Sólo se trataba de un juego. El juego de adivinar los nombres de su estrépito, de completar el catálogo de su funesta, sucia y obscena biografía.

Del olvido al recuerdo. De nombres sin nombre a otros con nombre. Continuó añadiendo, uno tras otro, nombres a los kilómetros. Ya no eran tiempos de estudio, eran tiempos de labor y de ocio, tiempos de risas y de llantos. Tiempos donde el ánimo escalaba las montañas para descender más veloz a los abismos.

Nombres que nombró cuando el verde invadía de nuevo los campos, nombres que nombró cuando el aroma de las flores se alzaba, nombres que nombró mientras la tarde lentamente descendía sobre la tierra.

Nombres como Antonio, Pepe, Amancio, Isidro, Narciso, Óscar, Joaquín, Ricardo...

Dulce nombre el de Ricardo, dulce amigo. Fue bálsamo para ella su nombre, era ella herida para el nombre. Bálsamo o herida, habitamos ambos un olvido de siglos, habitamos un silencio donde la palabra hiere, cual espada, si se alza o donde la palabra hiere, como pena, si se asorda. Qué fue de aquel tiempo donde aun sin rosas el mundo asomaba más dulce a mis ojos. Donde se perdió mi íntimo amigo se perdió también algo de mí. Su recuerdo vuelve a la memoria y casi siento el asomo de las lágrimas en mis ojos. No cabe así desesperarse. No puedo dedicar a un ser tan noble acción tan torpe. Porque el salto al vacío me aguarda justo al lado, mas las fuerzas y el valor me falta todavía. No sé qué preciso para abrir esa puerta que tan próxima observo, no sé si existirá un instante donde el dolor me duela tanto que insoportable empuje al abismo mi pobre cuerpo.

Me refugio en contemplar detrás de los cristales el paisaje que veloz corre ante mis ojos. Volver a la ciudad. Volver a un hogar que no es tu hogar. Desde ninguna parte viajas hacia ningún lugar. Tal vez la vida no sea más que un continuo viaje. Un viaje desde la noche al día, un viaje desde el día a la noche. Estos campos que ahora observan mis ojos, no son tus campos Ricardo, que estos campos son campos más secos como más seco es también el corazón de los hombres que pueblan estos lugares. Tu nombre ha hecho girar la rueda de mi tiempo hasta detener su movimiento, mas el viaje no cesa y el juego de evocar todos los nombres debe reanudarse. Tal vez tu nombre ocupe mayor lugar que otros en mi mente. Más que un recuerdo, tu nombre es algo vivo, próximo a otros nombres, no oculta tu nombre su tierno y sutil significado.

En esta pausa del juego soy consciente de la rutina de los días. Hoy, sentada aquí, sólo dejo pasar el tiempo, son unas horas donde contemplar el paso de los minutos es la única tarea, donde el pensamiento viaja junto al cuerpo, a veces tan veloz que no podemos controlarlo. Hoy controlarlo intento con este infantil juego de reconocer los nombres del ayer, de reconstruir una vida que a ratos se consume en la memoria. Una memoria de mucho alcohol y muchas lágrimas.

Tras el nombre de Ricardo, nombre de verdes prados, de lluvias, de tartas de manzana, de besos robados en un pequeño cuarto, de interminables paseos con el frío entumeciendo los rostros, regreso al infierno de mi existencia, cambio de escenario.

A menudo no sabes el motivo de tomar determinadas decisiones. Como impulsos del alma te lanzas a la nada sin pesar la carga que transportas. Regresaba a Madrid. Regresaba sola, sin un hogar, sin nadie que velase mis noches, sin la compañía del silencio, sin la ternura de la soledad. Regresaba a la locura de una ciudad, que igual te regala todo que todo te lo roba. Nombres en este instante afloran. Nombres de náusea, de vómito, de horror, vienen a la memoria. Nombres que quisiera olvidar mas nombres que no olvido. Nombres que impresos han quedado en la memoria, rostros que junto a los nombres refleja la memoria. Cada instante, cada lugar, cada acto, vienen una y otra vez desde el olvido a la nítida imagen del recuerdo. Carlos, Pedro, Manuel, Alberto, Andrés. ¿Hasta dónde puede un ser humano rebajarse, hasta dónde puede debilitarse la carne, hasta dónde puede el pensamiento abismarse? Como un mendigo recorrí las calles, una y otra vez busqué calor para los miembros rígidos. Como un mendigo recogí las limosnas. El asco y la náusea acompañaron mis actos. Todo me daba igual. Regalar mi tiempo, mi ser, mi dinero, hasta alcanzar el infierno más abisal era la obligatoria rutina de mis días. Hay un odio en mi ser, más no es hacia esos nombres hacia donde el odio camina, viene el odio hacia mí, hasta mis vísceras más íntimas me invade. Odio a la mujer que entonces era, hoy ya no soy así, mas la mujer que soy la hiciera aquella. Ya no puedo sentir ni el más mínimo amor por un ser que desprecio como a mi ser desprecio yo. Aún sigo castigando mi pecado. No puedo perdonar mi falta. Hay escenas en mi memoria que sólo olvidará la sangre.

Casi animal me pareciese entonces el amor. Casi animal el sexo. Y aun carnal mi apetito nunca fuese sincero. Aquel si que era un juego y demasiadas veces lo jugué. Hoy jugando a otro juego, evoco mi participación y declaro abiertamente mi culpabilidad, mas debió ser entonces cuando abriese la puerta o la ventana, debiera ser entonces cuando mi ser lanzase al vacío, pues entonces los gusanos infectaban mi entraña, era como un cadáver engalanando sus huesos para amantes desconocidos.

Amaba sin amar. Me condenaba cada noche a una soledad ebria y caótica. Bailes, danzas, amores, gatos, libros abandonados, noches en vela, sangre y lágrimas, muchas lágrimas. Quisiera olvidar. Quisiera detener este absurdo juego que me hace sentir el asco hasta la náusea. Quisiera perdonarme, al fin y al cabo sólo culpable soy de una existencia a la que fuera condenada por otros, nadie me enseñó nunca a vivir, quizás nadie me amó jamás, nadie me diera los besos y abrazos suficientes donde pudiese refugiarse los temores y las zozobras. Recordando, he paseado mi ayer, he recorrido los rincones más horrible y también los más bellos. Una vida que hoy me es lejana. Una mujer donde no reconozco hoy mi semblante.

Hoy mi tristeza es mayor porque mayor es mi consciencia. Hoy que la soledad no me acompaña. Hoy que de noche comparte mi lecho el último de los nombres que no voy a nombrar porque aún no es pasado. Hoy que está protegi-

do mi ser contra la adversidad, hoy juego a recordar para desesperarme y así ponerle fin a la existencia. Abrir la puerta y lanzarme a un vacío donde mi carne estalle en mil pedazos, donde el gris de la tarde torne púrpura, donde el sol se hunda célere ante el espantoso espectáculo.

Sin embargo, ahora que el juego de recordar los nombres del pasado en este viaje de regreso finaliza, soy consciente de mi fracaso, no abriré la puerta, no me lanzaré al vacío, no me estrellaré contra el cemento, porque el valor para hacerlo está aún ausente, porque sólo una desesperación colérica, sólo un airado arrebato pudiera hacer posible mi quimera. Ni el asco, ni la podredumbre, ni la tristeza de ese ayer evocado, puede lograr que mi ira explote o mi cólera se desate. Ninguno de estos nombres que ahora son un pasado me transportan a ese impreciso segundo donde se realice el gran salto. Esas sensaciones que ahora son pasado no abrazan aún la tierra.

Nada del pasado juega la vida del presente. Lentamente el juego se ha apagado. El tiempo, mientras tanto, ágil ha transcurrido. Puedo contemplar la ciudad a lo lejos. Tras la rutina de los días de mar y de sol ya se aproxima la rutina de los días de estío en la ciudad. Todo en realidad son rutinas. El orden de la vida, las horas que marcan los relojes, el trabajo, los deberes, la comida, el amor, las vacaciones...

Durante estas seis horas, mi vida se ha detenido en varias estaciones. Ha sido un viaje en el tren del recuerdo. Ahora ya no hay nombres. Apenas de mi soledad reparto un poco de mi solitaria compañía. Tengo miedo al vacío porque dentro de mí hay un vacío donde todos son nombres, y cada nombre un rostro, y cada rostro un sufrimiento, y cada sufrimiento una herida, y cada herida una honda cicatriz.

El ruido atronador de los motores regresa el pensamiento al segundo presente. La calle ya sin luz tiene la misma tristeza que tenía cuando la abandoné, nada ha cambiado, otra vez vuelvo a estar con mis nombres en la memoria y viva. Otra vez llegará la noche para en el sueño olvidarme del frustrado juego de este viaje otra vez.

La terraza

Demasiadas emociones estallaron aquel verano. La huida veloz en busca del silencio no tuvo éxito. El campo ya no era campo, los solitarios árboles extrañaban a sus compañeros y se inclinaban con tristeza ante el dolor del azul del cielo.

Tampoco era tierra la tierra, sólo era polvo gris que se alzaba a las nubes empañando hasta el alma de los pájaros.

Aquella pequeña cárcel se convirtió en el enorme penal donde todos los presos paseaban su libertad en traje de aventura. Aquel exiguo cuarto se convirtió en inmensa habitación donde la luz inundaba las esquinas llenas de un extraño llanto, inundaba los rincones poblados de miedo, inundaba las paredes vacías de vida.

Era preciso escapar también de aquellos gritos, de ese interminable suplicio que parecía ser el temido infierno de los que todavía creen en su existencia, de esa guarida abierta al viento y a los rancos rumores de los estertores de la masa.

Demasiadas emociones abrieron un paréntesis entre la vida y la muerte. Otro País, otra soledad, otros nombres, aliviaron un poco la herida sangrante que a menudo doliese demasiado.

Su pensamiento se abismó en la Patria. Sólo al pisar de nuevo la tierra donde había nacido, las lágrimas regresaron su memoria al olvido.

Y nuevamente regresaron los fantasmas, el día era la noche y la noche era eterna y en su garganta permanecía, como a la espera, el aullido final de una loba.

Todo fue veloz otra vez. Rápida la escapada. Rauda la huida de ese orco donde el agua la ahogaba, de ese cruel abismo de las horas que la desesperaban.

Y a pesar de no gustarle el lugar, a pesar del espantoso espectáculo de la entrada, a pesar de su distante lejanía de lo que le era familiar, a pesar de todo, pesaba más el cansancio y la abulia, ya sin fuerzas, una extraña presión en su pecho le arrastraba hacia ningún lugar, hacia ninguna parte.

Se quitó los zapatos para pisar por vez primera aquel cuarto vacío que apenas contempló. La luz envolvía el resplandeciente albor de los muros. Las sombras se deslizaban sobre la madera clara y brillante donde temía que sus zapatos hubiesen dejado alguna huella. Apenas contempló nada. Tanta era la fatiga y tanto el miedo, que sus miembros recorrían aquellos metros como si fueran sonámbulos, contemplando sin ver sus ojos, escuchando sin escuchar sus oídos, pronunciando palabras inconexas, frases inútiles. Todo significaba cambio, y los cambios siempre le atemorizaban. Demasiadas emociones estallaron ya aquel verano. ¿Podría su corazón con ese último y desastroso estallido aquel día?

Mas de pronto se abrieron sus ojos como si una luz diferente los hubiese atravesado y todo fuera claridad. Se abrieron sus ojos y ante ellos asomó inmensa, espléndida, majestuosa: La muerte. Cercana y próxima estaba la última caída, el descenso final a ese abisal silencio donde por fin sus huesos dejarían de pesarle.

Sintió en su vísceras el vértigo. Sintió el grito de sus entrañas. Sus ojos

contemplaban, ahora sí podían ver. Se puso los zapatos y saltó hacia la libertad. Allí la luz se perdía en el aire, allí no había sombras que recorriesen la madera, ni rincones esmaltados, ni mármoles artificiales, allí cemento y hierro eran sus compañeros, cemento del color de su carne, hierro de oscura negritud como su pensamiento.

Y la sonrisa atroz de la esperanza le llenó los labios y sus manos se aferraron con fuerza al frío del acero. Contempló su caída y un espléndido y adorable sueño envolvió su mente. Sonrió de nuevo. No escuchaba las voces, sólo podía sentir el atronador alarido del vacío llamándola. Mas no era ese aún el instante final, sólo era ese el instante del sueño, de la esperanza. Su premio estaba ahí aguardando que el ganador lo recogiese.

Una nueva emoción, una emoción más patética y más tierna estallaba ahora cuando el verano se aproximaba a su fin con el sentimental broche de septiembre.

En el otoño, su vida se agostaba y el néctar de sus flores era amargo como la hiel, en ese otoño, el dulce alivio de contemplar al alba la línea negra que sobre el horizonte dibujaba un infinito pentagrama hacia sentir a su soledad un placer casi cercano al éxtasis. Su sangre bullía, su cólera se alzaba sobre todas las cosas, su ira le arrastraba a cometer las mayores y más crueles atrocidades. Sólo calmaba su ansiedad el contemplar durante horas ese abismo que le permaneciese fiel, ese abismo que aguardaba siempre calmo, ese abismo que le acariciaba la carne con sus dedos de terciopelo.

Mas algo detenía siempre sus pasos. Temía atravesar ese umbral que le separaba del final. Tras los cristales que día tras día permanecían clausurados, veía como se le escapaba la esperanza, como le huía el sueño y la ilusión a través de los tejados púrpuras que invadían el cielo.

Sabía que pudiera todo suceder en un instante. Tan sólo un instante y finalizarían las interminables noches, los estentóreos gritos, las riñas absurdas, finalizaría todo esa locura que la iba devorando lentamente como si fuese ya cadáver y los gusanos estuvieran celebrando con ella su banquete fúnebre.

Allí estaba. Próxima se hallaba la escalera. Próximo el diminuto asiento donde pudiera posar sus pies y así elevar al aire esa carne temblorosa y cansina, esa carne densa con el olor amargo que deja tras de sí la desesperanza.

Podía contemplar su sangre corriendo por la cera cual arroyo como si mil fuentes de sus venas estallasen al estallar contra la piedra su cadáver.

Y un día, sin ser consciente de su ser, con la carne incendiada de cólera, con los ojos arrasados de lágrimas, con los labios fuertemente apretados para que las palabras no cortasen como cuchillos, saltaría con ímpetu, o se aferraría a esa línea débil que del abismo de su sueño le alejara.

No tuvo valor. Sentada, contemplaba a lo lejos la vida que seguía su curso sin detenerse un solo instante para acompañarla en su duelo.

Un sueño más que no tenía final. Otra ilusión para las mañanas llenas de un silencio turbado que precede y anticipa a la angustia, para esas mañanas donde en la soledad del cuarto miraba fijamente el negro trazo de la muerte aproximándose.

Isabel Holguín